Hay lugares que, aparentemente, solo sirven para satisfacer las necesidades más sencillas de la vida. Un pozo proporciona agua, permite abrevar a los animales y reúne a quienes necesitan abastecer sus hogares. Sin embargo, en las páginas de la Sagrada Escritura, los pozos aparecen asociados a algunos de los encuentros más significativos de la historia de la salvación.

En ellos se encontraron hombres y mujeres que terminarían unidos en matrimonio. Allí comenzó la historia de Isaac y Rebeca, de Jacob y Raquel, y de Moisés y Séfora. No se trata de una coincidencia sin importancia: existe un patrón narrativo que se repite en el Antiguo Testamento y que adquiere una profundidad extraordinaria cuando llegamos al Evangelio de san Juan.

Porque también Jesucristo se sentó junto a un pozo y encontró allí a una mujer.

Pero esta vez no iba a nacer un matrimonio humano. El encuentro entre Jesús y la samaritana nos introduce en un misterio mucho mayor: el de Dios que sale al encuentro de la humanidad, la sed del alma que busca a su Creador y el amor esponsal de Cristo por su Iglesia.

¿Qué relación existe entre estos relatos? ¿Por qué la Biblia presenta repetidamente el pozo como escenario de encuentros que conducen al matrimonio? ¿Y qué quiso enseñarnos san Juan al situar precisamente junto a un pozo el encuentro de Jesús con una mujer que necesitaba algo mucho más profundo que el agua?

1. El pozo en la Biblia: mucho más que un lugar para obtener agua

En las sociedades del antiguo Oriente Próximo, los pozos y manantiales eran esenciales para la supervivencia. El agua condicionaba la agricultura, la ganadería, los desplazamientos y el establecimiento de las poblaciones.

Por eso, los pozos constituían también lugares habituales de encuentro. Allí acudían las mujeres a recoger agua, se encontraban viajeros y podían establecerse relaciones entre personas y familias.

Este contexto histórico ayuda a comprender por qué determinados relatos bíblicos sitúan junto a un pozo acontecimientos decisivos.

Sin embargo, la Escritura no se limita a describir costumbres cotidianas. En ocasiones, los

acontecimientos ordinarios se convierten en escenarios donde se manifiesta la Providencia divina.

El agua, además, posee una extraordinaria riqueza simbólica en la revelación bíblica.

En el libro del Génesis encontramos pozos relacionados con la vida, la supervivencia y las promesas de Dios. En el Éxodo, el agua aparece vinculada a la liberación del pueblo elegido. En los profetas, la imagen de las aguas vivas expresa la fidelidad y la bendición divina.

El propio Dios se presenta como fuente de agua viva:

«Me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron cisternas, cisternas agrietadas que no retienen el agua» (Jeremías 2,13).

Esta imagen contiene una enseñanza espiritual fundamental: **el hombre puede buscar la felicidad en muchas cosas, pero solamente Dios puede saciar plenamente la sed de su alma**.

A partir de esta realidad podemos comprender mejor los encuentros matrimoniales que tienen lugar junto a los pozos.

2. Isaac y Rebeca: un matrimonio nacido de la oración y la Providencia

El primer gran relato que debemos considerar se encuentra en Génesis 24.

Abraham, ya anciano, desea encontrar una esposa para su hijo Isaac. No quiere que tome mujer de entre los pueblos cananeos, sino que envía a su servidor a buscarla entre sus parientes.

La misión es importante. No se trata únicamente de encontrar una mujer con quien Isaac pueda formar una familia. La continuidad de la promesa hecha por Dios a Abraham está también en juego.

El servidor emprende el viaje y llega a las proximidades de la ciudad de Najor. Allí, junto a un pozo, se detiene para descansar con sus camellos.

Entonces sucede algo extraordinario.

El servidor eleva una oración a Dios y le pide una señal que le permita reconocer a la mujer destinada a Isaac.

La señal que solicita es muy concreta: cuando pida agua a una joven, aquella que no solamente le dé de beber, sino que también se ofrezca a sacar agua para sus camellos, será la elegida.

Antes incluso de terminar su oración aparece Rebeca.

La joven se acerca al pozo con su cántaro. El servidor le pide un poco de agua y ella responde ofreciéndole de beber. Después añade que también sacará agua para los camellos hasta que terminen de beber.

El gesto es mucho más importante de lo que podría parecer.

Un camello puede necesitar una cantidad considerable de agua, de modo que la joven asume voluntariamente un trabajo nada pequeño para atender a un desconocido.

El servidor observa aquella escena y comprende que su oración ha recibido respuesta.

Rebeca pertenece a la familia de Abraham. Es una mujer hospitalaria, generosa y dispuesta a servir. Su comportamiento permite reconocer en ella las virtudes necesarias para formar parte de la familia del patriarca.

El relato continúa con el encuentro entre las familias, la aceptación de Rebeca y su posterior viaje para encontrarse con Isaac.

Hay un detalle que debemos destacar: **Isaac no conoce a Rebeca en el pozo**. Quien la encuentra es el servidor de Abraham, que actúa como enviado para buscar esposa a su señor.

Cuando finalmente se encuentran, Isaac recibe a Rebeca como esposa.

El Génesis lo expresa con estas palabras:

«Isaac la introdujo en la tienda de su madre Sara, tomó a Rebeca, que pasó a ser su mujer, y él la amó» (Génesis 24,67).

La última afirmación resulta especialmente significativa: Isaac la amó.

La Escritura no presenta el matrimonio como una mera operación familiar o una simple alianza entre linajes. En medio de las costumbres matrimoniales de aquella época, aparece también el amor entre los esposos.

La enseñanza espiritual del encuentro de Isaac y Rebeca

Este relato nos permite descubrir varias enseñanzas.

La primera es la importancia de la oración. El servidor de Abraham no confía exclusivamente en su habilidad para encontrar esposa a Isaac. Pide la ayuda de Dios y reconoce su intervención cuando descubre a Rebeca.

La segunda es la importancia de las virtudes. La joven no destaca por un discurso elaborado, sino por sus acciones. Su hospitalidad, generosidad y disposición para servir revelan su carácter.

La tercera es la relación entre el amor y la Providencia.

La Biblia no enseña que cada persona tenga necesariamente una única pareja predestinada que deba descubrir mediante señales extraordinarias. Tampoco convierte este episodio en una fórmula para encontrar marido o esposa.

Lo que muestra es que Dios puede conducir la historia humana y servirse de circunstancias ordinarias para realizar sus designios.

Para un cristiano que busca matrimonio, la enseñanza es clara: conviene pedir luz a Dios, cultivar las virtudes y aprender a reconocer el carácter de la otra persona más allá de las apariencias.

3. Jacob y Raquel: el amor que acepta el sacrificio

El segundo gran encuentro junto a un pozo aparece en Génesis 29.

Jacob ha abandonado su hogar y viaja hacia la tierra de sus parientes. Cuando llega a las proximidades de Jarán, encuentra un pozo alrededor del cual descansan varios rebaños.

Los pastores explican que esperan a otros rebaños para retirar la piedra que cubre la boca del pozo.

Mientras conversan, Jacob pregunta si conocen a Labán, hijo de Najor. Los pastores le responden que sí y le anuncian que precisamente en ese momento se acerca Raquel, hija de Labán, con las ovejas de su padre.

Entonces sucede el encuentro.

Jacob ve a Raquel y, al comprobar que los pastores todavía no han dado de beber a los rebaños, retira la piedra que cubre el pozo y abre el acceso al agua.

Después besa a Raquel, rompe a llorar y le explica quién es.

Raquel corre a comunicar la noticia a su padre, Labán, quien recibe a Jacob en su casa.

El relato muestra cómo aquel encuentro junto al pozo se convierte en el comienzo de una historia de amor.

El Génesis nos dice:

«Jacob amaba a Raquel» (Génesis 29,18).

Pero este amor tendrá que atravesar una larga prueba.

Jacob acuerda trabajar siete años para Labán a cambio de poder casarse con Raquel. Sin embargo, cuando llega el momento de la boda, Labán lo engaña y le entrega a su hija mayor, Lía.

Jacob descubre el engaño después de la celebración.

Finalmente, Labán permite que también se case con Raquel, a cambio de otros siete años de servicio.

El texto bíblico explica que Jacob trabajó otros siete años y añade una expresión especialmente hermosa:

«Jacob sirvió por Raquel siete años, que le parecieron unos pocos días, de tanto que la amaba» (Génesis 29,20).

El amor verdadero no puede reducirse al sentimiento

La historia de Jacob y Raquel contiene una enseñanza que conserva toda su actualidad.

El amor matrimonial no puede identificarse exclusivamente con la emoción inicial, la atracción física o la intensidad de los sentimientos.

El amor necesita manifestarse mediante la entrega, la paciencia, la fidelidad y la capacidad de asumir responsabilidades.

Jacob está dispuesto a trabajar durante años por la mujer que ama.

Naturalmente, no debemos convertir todas las circunstancias de este relato en un modelo matrimonial que haya que reproducir. La situación de Jacob, la intervención engañosa de Labán y la posterior convivencia con dos esposas pertenecen a un contexto histórico y familiar que la Biblia describe, pero que no propone como ideal cristiano.

De hecho, la rivalidad entre Lía y Raquel, así como las tensiones familiares que aparecen posteriormente, muestran las heridas que pueden surgir en una estructura familiar marcada por la poligamia.

La revelación bíblica va iluminando progresivamente el verdadero sentido del matrimonio, hasta llegar a la enseñanza definitiva de Jesucristo sobre la unidad y la indisolubilidad de la unión entre el hombre y la mujer.

La historia de Jacob nos recuerda que amar significa también sacrificarse, pero el sacrificio matrimonial cristiano no debe confundirse con aceptar el engaño, la injusticia o el abuso. Su fundamento es la entrega recíproca, libre y fiel.

4. Moisés y Séfora: el encuentro junto al pozo que precede a una nueva misión

El tercer relato aparece en Éxodo 2,15-22.

Moisés ha huido de Egipto después de haber matado a un egipcio que maltrataba a un hebreo. Llega a la tierra de Madián y se sienta junto a un pozo.

Allí encuentra a siete hijas del sacerdote de Madián, que han acudido para sacar agua y abrevar el rebaño de su padre.

Pero unos pastores llegan y las expulsan.

Moisés interviene, las defiende y ayuda a dar de beber a sus animales.

Cuando las jóvenes regresan a casa, su padre, Reuel, les pregunta por qué han vuelto tan pronto.

Ellas le explican que un egipcio las ha defendido de los pastores y ha sacado agua para el rebaño.

Reuel les pide que lo inviten a comer.

Moisés termina quedándose con aquella familia y recibe por esposa a Séfora, una de las hijas de Reuel.

El texto añade que Séfora da a luz un hijo al que Moisés llama Guersón.

Así, otro encuentro junto a un pozo termina dando lugar a un matrimonio y al nacimiento de una familia.

El pozo como escenario de justicia y protección

En este relato encontramos un elemento que merece especial atención.

Moisés no llega al pozo buscando esposa. Tampoco aparece una oración semejante a la del servidor de Abraham.

Lo que sucede es que encuentra una situación injusta y decide intervenir.

Defiende a unas mujeres que están siendo expulsadas por los pastores y las ayuda a realizar su trabajo.

El episodio presenta a Moisés como un hombre que no permanece indiferente ante el abuso.

Su intervención anticipa, de alguna manera, el carácter de quien será llamado por Dios para liberar a Israel de la esclavitud de Egipto.

No debemos afirmar que el encuentro matrimonial sea una recompensa automática por su acción, porque el texto no lo dice. Sin embargo, sí podemos observar que la valentía y el sentido de justicia forman parte de la personalidad de Moisés cuando entra en contacto con la familia de Séfora.

También encontramos aquí una enseñanza para quienes desean formar un matrimonio cristiano: **la virtud de una persona se manifiesta especialmente en la manera en que**

trata a los demás, en su comportamiento ante la injusticia y en su disposición para ayudar.

La belleza, la posición social o las palabras agradables no bastan para conocer verdaderamente a alguien. Hay que observar sus obras.

5. Tres encuentros, un mismo escenario y una misma estructura bíblica

Los relatos de Isaac y Rebeca, Jacob y Raquel, y Moisés y Séfora presentan semejanzas muy llamativas.

En los tres encontramos un viaje, un pozo, mujeres que acuden a sacar agua, un encuentro inesperado y una historia matrimonial que se desarrolla después.

La repetición de este motivo narrativo no debe sorprendernos.

El pozo era un lugar natural de encuentro en aquellas sociedades, pero la manera en que estos episodios se desarrollan permite reconocer un patrón literario que los relaciona.

Podemos resumir sus diferencias y semejanzas:

Relato	Encuentro junto al pozo	Resultado
Isaac y Rebeca (Gn 24)	El servidor de Abraham encuentra a Rebeca después de pedir la ayuda de Dios.	Rebeca se convierte en esposa de Isaac.
Jacob y Raquel (Gn 29)	Jacob encuentra personalmente a Raquel y ayuda a dar de beber al rebaño.	Jacob se casa con Raquel después de trabajar para Labán.
Moisés y Séfora (Ex 2)	Moisés defiende a las hijas de Reuel y les ayuda a abrevar sus animales.	Moisés recibe a Séfora por esposa.

Hay un detalle común que no debemos pasar por alto: **en estos relatos, el agua está relacionada con el servicio, la hospitalidad y la apertura hacia el otro**.

El pozo no es simplemente un lugar donde dos personas se miran por primera vez. Es un espacio donde se manifiesta su carácter.

Rebeca sirve generosamente al desconocido. Jacob se esfuerza para que el rebaño pueda beber. Moisés protege a las mujeres que están siendo maltratadas.

En cada caso, el encuentro permite descubrir algo de la personalidad de los protagonistas.

Y precisamente aquí encontramos una enseñanza importante para el discernimiento matrimonial: el amor no debe buscar únicamente a alguien que nos haga felices, sino a alguien con quien podamos construir una vida de entrega, fidelidad y santificación mutua.

Pero la historia bíblica todavía nos reserva un encuentro junto a un pozo que cambia completamente el significado de este motivo.

6. Jesús y la samaritana: cuando el encuentro junto al pozo ya no conduce a un matrimonio humano

Llegamos al capítulo cuarto del Evangelio según san Juan.

Jesús abandona Judea y se dirige hacia Galilea. Para ello atraviesa Samaría y llega a una localidad llamada Sicar, cerca del terreno que Jacob había dado a su hijo José.

Allí se encontraba el pozo de Jacob.

El evangelista precisa que Jesús, cansado del camino, se sienta junto al pozo. Era aproximadamente la hora sexta.

Una mujer samaritana llega para sacar agua.

Jesús le dirige entonces una petición aparentemente sencilla:

«Dame de beber» (Juan 4,7).

La mujer se sorprende.

Jesús es judío y ella es samaritana. Además, es una mujer. Las relaciones entre judíos y samaritanos estaban marcadas por profundas divisiones religiosas y sociales.

Por eso pregunta:

«¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?» (Juan 4,9).

Pero Jesús no ha comenzado aquella conversación para satisfacer únicamente su sed física.

Su respuesta abre una perspectiva completamente nueva:

«Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: «Dame de beber», le pedirías tú, y él te daría agua viva» (Juan 4,10).

La mujer no comprende todavía el alcance de sus palabras. Piensa en el agua material y se pregunta cómo podría Jesús obtenerla si no tiene con qué sacarla.

Entonces el Señor pronuncia una de las afirmaciones más profundas de este Evangelio:

«El que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed; el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna» (Juan 4,14).

El pozo de Jacob contiene agua necesaria para la vida corporal. Pero Jesús habla de otra agua, un don que conduce a la vida eterna.

El contraste es decisivo.

La mujer ha venido buscando agua para su vida cotidiana. Cristo quiere ofrecerle algo infinitamente superior: la gracia de Dios.

La sed de Cristo y la sed del alma humana

Hay un detalle profundamente conmovedor en esta escena.

Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, experimenta el cansancio y la sed. No aparece como alguien ajeno a las necesidades humanas.

El Hijo de Dios se sienta junto al pozo y pide agua a una mujer que pertenece a un pueblo con el que los judíos mantenían relaciones conflictivas.

San Agustín, en su *Tratado 15 sobre el Evangelio de san Juan*, profundiza precisamente en este detalle.

Al comentar la petición de Jesús, explica que Cristo tenía sed de la fe de aquella mujer.

Es una interpretación espiritual del gran Padre de la Iglesia que permite descubrir algo extraordinario: el Señor se presenta como alguien que necesita recibir, cuando en realidad es Él quien puede dar el agua verdadera.

Jesús se acerca a la mujer desde una petición sencilla para conducirla progresivamente hacia la verdad.

No comienza condenándola ni humillándola. Dialoga con ella, despierta su interés, corrige su comprensión y finalmente le revela quién es.

San Agustín reconoce también en aquella mujer una figura de la Iglesia que procede de los pueblos llamados a recibir la salvación. En ella podemos contemplar a quienes, sin pertenecer inicialmente al pueblo de Israel, son llamados a formar parte del nuevo pueblo de Dios.

El pozo, por tanto, se convierte en el escenario de un encuentro que supera cualquier historia matrimonial particular.

7. Los cinco maridos de la samaritana: una verdad que Cristo no oculta

La conversación adquiere una profundidad todavía mayor cuando Jesús le dice:

«Vete, llama a tu marido y vuelve» (Juan 4,16).

La mujer responde:

«No tengo marido» (Juan 4,17).

Entonces Jesús le revela que conoce su situación:

«Bien has dicho que no tienes marido, porque has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es tu marido. En eso has dicho la verdad» (Juan 4,17-18).

Este pasaje requiere una lectura cuidadosa.

El Evangelio no explica las circunstancias de cada uno de aquellos cinco matrimonios. No sabemos si terminaron por muerte, divorcio, abandono u otras circunstancias. Tampoco podemos afirmar que todos los matrimonios fueran ilegítimos.

Lo que sí afirma expresamente el texto es que la mujer había tenido cinco maridos y que el hombre con quien convivía entonces no era su marido.

Jesús no oculta la verdad, pero tampoco la reduce a su pasado.

La mujer reconoce que está ante alguien extraordinario y responde:

«Señor, veo que eres un profeta» (Juan 4,19).

A continuación, la conversación se desplaza hacia una cuestión religiosa fundamental: el lugar legítimo de la adoración a Dios.

Los samaritanos adoraban en el monte Garizín, mientras que los judíos reconocían Jerusalén como el lugar del culto del pueblo elegido.

Jesús le anuncia que llega la hora en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre «en espíritu y verdad» (Juan 4,23).

No está enseñando que cualquier religión sea equivalente ni que la verdad religiosa carezca de importancia.

Al contrario, está revelando que la verdadera adoración encuentra su plenitud en la relación con Dios que Él mismo viene a establecer.

Finalmente, cuando la mujer habla de la esperanza mesiánica, Jesús le manifiesta su identidad:

«Soy yo, el que habla contigo» (Juan 4,26).

La samaritana acaba de encontrarse con el Mesías.

¿Qué significan los cinco maridos?

A lo largo de la historia cristiana se han propuesto distintas interpretaciones espirituales de este detalle.

San Agustín, en su comentario a Juan 4, considera, entre otras posibilidades, que los cinco maridos pueden representar los cinco sentidos corporales que dominan al alma cuando esta vive sometida a lo puramente sensible.

También explica que la situación de la mujer con quien no estaba verdaderamente casada puede entenderse desde la perspectiva de una relación espiritual desordenada.

Se trata de una interpretación alegórica de san Agustín, no de una explicación explícita ofrecida por el propio evangelista.

Por tanto, conviene distinguir entre el sentido literal del pasaje y las aplicaciones espirituales

propuestas por los Padres de la Iglesia.

Lo esencial del relato es que Cristo conoce plenamente la vida de aquella mujer y la conduce hacia la verdad.

Jesús no necesita que la persona oculte su pasado para acercarse a ella. Pero tampoco la deja encerrada en sus errores: la llama a una vida nueva.

Este es uno de los grandes mensajes pastorales del episodio.

8. ¿Por qué Jesús no se casa con la samaritana? El misterio del Esposo y la Esposa

Aquí encontramos la diferencia más profunda entre los relatos del Antiguo Testamento y el encuentro del Evangelio.

En los primeros, el encuentro junto al pozo conduce a la formación de un matrimonio humano.

En el cuarto capítulo de san Juan, por el contrario, no hay boda, compromiso matrimonial ni unión conyugal entre Jesús y la samaritana.

Cristo no se presenta como un hombre que busca esposa en el sentido ordinario de los relatos de Isaac, Jacob o Moisés.

Sin embargo, el simbolismo matrimonial no desaparece. Se transforma y alcanza una dimensión infinitamente superior.

Para comprenderlo debemos acudir a una imagen que atraviesa toda la Sagrada Escritura: **Dios como Esposo de su pueblo**.

Dios como Esposo en el Antiguo Testamento

Los profetas utilizaron repetidamente el lenguaje del matrimonio para explicar la relación entre Dios e Israel.

El Señor había establecido una alianza con su pueblo, pero Israel muchas veces había sido infiel, abandonando a Dios para seguir a otros dioses.

Esta infidelidad se expresa mediante la imagen del adulterio espiritual.

En el profeta Oseas encontramos una de las manifestaciones más hermosas de esta enseñanza.

Dios anuncia que volverá a atraer a su pueblo hacia Él:

«Por eso, yo la persuadiré, la llevaré al desierto y le hablaré al corazón» (Oseas 2,16).

Y más adelante declara:

«Te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia y en derecho, en misericordia y en ternura» (Oseas 2,21).

La imagen es extraordinaria.

Dios no abandona definitivamente a su pueblo a pesar de sus infidelidades. Lo llama a regresar, lo purifica y promete establecer con él una alianza renovada.

También Isaías utiliza el lenguaje esponsal:

«Como un joven se casa con una virgen, así te desposará el que te reconstruye; la alegría que encuentra el marido con su esposa, la encontrará tu Dios contigo» (Isaías 62,5).

El matrimonio humano se convierte así en una imagen que permite comprender, de manera limitada pero verdadera, la fidelidad y el amor de Dios.

Cristo es el Esposo

Cuando llegamos al Nuevo Testamento, esta imagen adquiere su cumplimiento definitivo.

En el Evangelio de san Juan, Juan el Bautista se refiere a Jesús utilizando expresamente la figura del esposo:

«El que tiene a la esposa es el esposo; pero el amigo del esposo, que está presente y lo oye, se alegra mucho con la voz del esposo» (Juan 3,29).

Juan el Bautista se identifica como el amigo del esposo y reconoce que Jesús es aquel a quien corresponde la esposa.

La Iglesia comprenderá progresivamente que Cristo es el Esposo y que la esposa es la Iglesia.

San Pablo desarrolla esta enseñanza en la carta a los Efesios:

«Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia y se entregó a sí mismo por ella» (Efesios 5,25).

Y añade que el matrimonio es un gran misterio referido a Cristo y a la Iglesia (Efesios 5,32).

El Catecismo de la Iglesia Católica recoge esta doctrina en los números 1612 y 1617, explicando cómo la alianza matrimonial entre Dios e Israel preparó la nueva alianza establecida por Cristo.

Por eso, cuando Jesús encuentra a la samaritana junto al pozo, podemos contemplar una escena que admite una profunda lectura esponsal.

Pero debemos expresarlo correctamente: el Evangelio no afirma que Jesús estuviera buscando una esposa humana ni que la samaritana se convirtiera individualmente en su esposa mediante un matrimonio.

La interpretación espiritual es otra: aquella mujer representa, en la lectura patrística de san Agustín, a la humanidad llamada a incorporarse a la Iglesia, la Esposa de Cristo.

Los hombres del Antiguo Testamento encuentran junto al pozo a las mujeres con quienes formarán una familia. Cristo encuentra a una mujer junto al pozo y le ofrece el agua de la salvación, porque viene a reunir para sí un pueblo que será su Esposa: la Iglesia.

9. Del pozo de Jacob al agua viva: dos alianzas y un mismo Dios

Existe otra conexión teológica que merece nuestra atención.

La samaritana menciona expresamente a Jacob:

«¿Acaso eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo, del que bebieron él, sus hijos y sus ganados?» (Juan 4,12).

La pregunta contiene una referencia a la historia de Israel.

Jacob había recibido aquella tierra y había dejado a sus descendientes una herencia material. El pozo era un recuerdo de aquella herencia y de la historia de los patriarcas.

Sin embargo, Jesús le anuncia una realidad que supera la provisión de agua material.

Jacob dio un pozo del que sus descendientes podían beber. Cristo ofrece un agua que conduce a la vida eterna.

No debemos entender esta contraposición como un desprecio hacia el Antiguo Testamento. El Dios que habló a los patriarcas es el mismo que se manifiesta en Jesucristo.

La Antigua Alianza preparaba la llegada de la Nueva. Las promesas, las figuras y los acontecimientos de la historia de Israel encuentran su plenitud en Cristo.

El agua viva que promete Jesús está relacionada con el don del Espíritu Santo.

El propio Evangelio de san Juan ofrece una explicación en Juan 7,37-39, donde Jesús invita a quienes tienen sed a acudir a Él y beber. El evangelista aclara que hablaba del Espíritu que recibirían quienes creyeran en Él.

Aquí encontramos una conexión decisiva.

El agua del pozo satisface una necesidad temporal. El agua viva representa el don divino que vivifica el alma y la conduce hacia Dios.

Por eso, el verdadero encuentro junto al pozo no consiste solamente en encontrar a otra persona con quien compartir la vida terrena. Consiste en descubrir que nuestra existencia está llamada a una comunión mucho más profunda: la comunión con Dios.

10. La samaritana abandona el cántaro: el encuentro que transforma una vida

Hay un detalle del Evangelio que suele pasar inadvertido.

Después de reconocer a Jesús, la samaritana deja su cántaro y se dirige a la ciudad para anunciar lo que ha sucedido.

San Juan escribe:

«La mujer dejó su cántaro, se fue al pueblo y dijo a la gente» (Juan 4,28).

El cántaro era el instrumento que había llevado para cumplir su tarea cotidiana.

Había llegado al pozo buscando agua material y ahora se marcha habiendo descubierto una realidad que no esperaba.

Su vida ha cambiado.

La mujer anuncia a sus vecinos:

«Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿Será este el Mesías?» (Juan 4,29).

Su testimonio despierta la curiosidad de los habitantes de Sicar, que salen a encontrarse con Jesús.

Muchos samaritanos creen en Él gracias a las palabras de aquella mujer y, después de escucharlo personalmente, reconocen que es verdaderamente el Salvador del mundo (Juan 4,39-42).

La samaritana pasa de ser una mujer que acude sola al pozo a convertirse en testigo de Cristo ante su pueblo.

El encuentro no termina en una experiencia individual. Produce frutos de evangelización.

Esta es otra diferencia fundamental respecto a los relatos matrimoniales anteriores.

Rebeca, Raquel y Séfora entran en nuevas familias. La samaritana, en cambio, se convierte en instrumento para que muchos otros conozcan al Salvador.

Su encuentro con Cristo no la encierra en una relación privada, sino que la impulsa a comunicar la verdad que ha descubierto.

11. El matrimonio cristiano: también nosotros estamos llamados a beber del agua viva

Después de recorrer estos relatos surge una pregunta inevitable: ¿qué pueden enseñarnos hoy estos encuentros junto a los pozos?

La primera enseñanza es que el matrimonio no puede comprenderse únicamente desde la perspectiva del sentimiento humano.

Para la Iglesia católica, el matrimonio es una institución querida por Dios desde la creación y elevada por Jesucristo a la dignidad de sacramento entre bautizados.

El Catecismo de la Iglesia Católica, en el número 1601, define el matrimonio como una alianza por la que un hombre y una mujer constituyen una comunidad de vida ordenada al bien de los esposos y a la generación y educación de los hijos.

No es una relación provisional ni una simple convivencia basada en la satisfacción mutua.

Es una alianza que implica entrega, fidelidad y responsabilidad.

El número 1661 del Catecismo explica, además, que el sacramento del Matrimonio significa la unión de Cristo y la Iglesia y concede a los esposos la gracia necesaria para amarse con el mismo amor con que Cristo amó a su Iglesia.

Esto cambia profundamente la manera de entender la vida conyugal.

El marido no está llamado a dominar a su esposa, sino a amarla con un amor que se entrega. La esposa no está llamada a ser un instrumento de satisfacción personal, sino una compañera a la que debe respetar, amar y ayudar a alcanzar la santidad.

Ambos están llamados a caminar juntos hacia Dios.

El matrimonio necesita una fuente que no se agote

Podríamos establecer aquí una comparación espiritual entre el agua del pozo y la vida matrimonial.

Los sentimientos humanos pueden cambiar. Las circunstancias económicas pueden ser difíciles. La enfermedad, el envejecimiento, las preocupaciones familiares y las dificultades cotidianas pueden poner a prueba la relación.

Si el matrimonio se sostiene exclusivamente sobre la emoción inicial, corre el peligro de debilitarse cuando llegan las pruebas.

Pero cuando los esposos construyen su unión sobre Cristo, encuentran una fuente de fortaleza que supera sus propias fuerzas.

La oración compartida, la participación en los sacramentos, la confesión frecuente, la Santa Misa y la práctica de la caridad ayudan a mantener viva la unión con Dios y, desde ella, a fortalecer el amor conyugal.

No significa que los matrimonios cristianos estén libres de dificultades. Significa que no tienen que afrontarlas únicamente con sus fuerzas humanas.

Cristo está presente en el camino de quienes se esfuerzan por vivir su vocación matrimonial según el Evangelio.

Buscar un cónyuge también significa buscar virtudes

Los relatos de Rebeca, Raquel y Séfora nos invitan igualmente a reflexionar sobre los criterios con los que elegimos a la persona con quien queremos compartir nuestra vida.

Rebeca manifiesta generosidad.

Raquel aparece vinculada al amor por el que Jacob está dispuesto a trabajar durante años.

Séfora entra en la historia de Moisés en un episodio donde se manifiestan la justicia y la protección de los débiles.

Estas cualidades nos recuerdan que el matrimonio necesita mucho más que atracción.

Necesita virtud.

La paciencia, la prudencia, la castidad, la fidelidad, la fortaleza, la generosidad y la capacidad de perdonar son fundamentales para construir una unión estable.

También es necesario compartir una orientación fundamental hacia Dios.

Esto no significa que los esposos deban tener idénticos temperamentos, aficiones o capacidades. Significa que deben poder caminar juntos en lo esencial y ayudarse mutuamente a vivir conforme a la fe.

El matrimonio cristiano no es solamente una comunidad de afectos: es también una comunidad de vida espiritual.

12. La Iglesia, Esposa de Cristo: el destino último de todo amor cristiano

Hay una última enseñanza que une todos los relatos y que merece una consideración especial.

El matrimonio humano es un bien natural, querido por Dios. Pero, para los bautizados, también posee una dimensión sobrenatural: significa la unión de Cristo con su Iglesia.

Esto no convierte al matrimonio en una simple metáfora religiosa ni disminuye la importancia de la vida conyugal.

Al contrario, eleva su dignidad.

Los esposos están llamados a reflejar, dentro de las limitaciones de la condición humana, la fidelidad, la entrega y el amor de Cristo.

El Señor no ama a su Iglesia de manera pasajera. No la abandona cuando encuentra dificultades. Se entrega por ella hasta la muerte.

El sacrificio de Cristo en la Cruz es la manifestación suprema de ese amor.

Por eso san Pablo no utiliza como modelo matrimonial el amor romántico de una pareja humana, sino el amor de Cristo por su Iglesia.

Y el libro del Apocalipsis nos conduce hasta la culminación de esta imagen:

«Han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha embellecido» (Apocalipsis 19,7).

La historia de la salvación comienza con la creación del hombre y de la mujer y culmina con la visión de las bodas del Cordero.

Entre ambos extremos se desarrolla toda la historia de la alianza de Dios con la humanidad.

Los matrimonios de los patriarcas pertenecen a esa historia. Sus encuentros junto a los pozos forman parte de una narración mucho mayor que conduce hacia Cristo.

El encuentro de Jesús con la samaritana nos permite contemplar precisamente esa plenitud: el Esposo divino ha venido a buscar a quienes necesitan salvación.

No busca una humanidad perfecta que no tenga nada que corregir. Viene a llamar a los pecadores, a revelar la verdad, a conceder el perdón y a ofrecer la vida nueva.

Y su amor alcanza su manifestación definitiva en la entrega de sí mismo por la Iglesia.

Conclusión: todos tenemos un pozo junto al que Cristo nos espera

Isaac, Jacob y Moisés encontraron junto a un pozo a mujeres que terminarían formando parte de sus vidas y de sus familias.

Rebeca, Raquel y Séfora aparecen en la historia de la salvación como protagonistas de encuentros que desembocan en matrimonios y en nuevas generaciones.

Siglos después, junto al pozo de Jacob, Jesucristo encuentra a una mujer samaritana.

Pero esta vez el encuentro no termina en una boda humana.

La mujer había acudido a buscar agua y encontró al Mesías. Había llegado con un cántaro y se marchó convertida en testigo. Había acudido por una necesidad cotidiana y recibió el anuncio de la vida eterna.

Los antiguos encuentros matrimoniales nos enseñan la importancia de la Providencia, las virtudes, la entrega y el amor. El encuentro de Jesús con la samaritana nos revela que todos esos bienes humanos encuentran su plenitud cuando el corazón descubre a Dios.

Porque el hombre puede recorrer muchos caminos buscando felicidad, puede llenar innumerables cántaros y acudir a muchos pozos, pero existe una sed que ninguna criatura puede saciar por completo.

Es la sed de eternidad.

Y Cristo sigue ofreciendo hoy el mismo don que anunció a aquella mujer:

el agua viva de la gracia, que conduce al alma hacia la vida eterna.

Quizá por eso el episodio de la samaritana continúa siendo tan conmovedor. Nos recuerda que Dios no espera a que seamos perfectos para acercarse a nosotros. Nos encuentra en medio de nuestra vida ordinaria, conoce nuestras heridas y nos invita a comenzar de nuevo.

Y allí donde el hombre solamente ve un pozo, Cristo puede abrir una fuente que no se agota.

Fuentes bíblicas y doctrinales de referencia

- Génesis 24: el encuentro de Rebeca con el servidor de Abraham y su matrimonio con Isaac.
- Génesis 29,1-30: el encuentro de Jacob y Raquel.
- Éxodo 2,15-22: el encuentro de Moisés y Séfora.
- Jeremías 2,13: Dios como fuente de agua viva.
- Oseas 2,16-22: la alianza de Dios expresada mediante el lenguaje esponsal.
- Isaías 62,5: Dios como esposo de su pueblo.
- Juan 3,29: Cristo como Esposo.
- Juan 4,1-42: Jesús y la samaritana.
- Juan 7,37-39: el agua viva y el Espíritu Santo.
- Efesios 5,21-33: el matrimonio como signo de la unión de Cristo y la Iglesia.
- Apocalipsis 19,6-9: las bodas del Cordero.
- San Agustín, *Tratados sobre el Evangelio de san Juan*, Tratado 15, comentario a Juan 4.
- Catecismo de la Iglesia Católica, números 1601-1617 y 1661.